

SEÑALES DESDE UNA BIBLIOTECA PERDIDA.  
*INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ:*  
IDENTIDAD CRIOLLA Y CUESTIÓN BARROCA

EDUARDO BECERRA  
(Universidad Autónoma de Madrid)

Entre las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado surge una corriente de recuperación de los estudios coloniales, inscrita dentro de un proceso más general de la crítica hispanoamericanista, caracterizada por su marcado sesgo ideológico y su notoria politización. En medio del debate sobre los estudios culturales, útiles aquí en su vertiente postcolonial, irrumpen voces que proclaman la necesidad de reinterpretar las expresiones de la colonia en cuanto a su alejamiento o no respecto a los paradigmas imperiales, con el fin de sacar a la luz una autonomía cultural que justifique la adscripción de la literatura colonial a una tradición específica hispanoamericana en parte al menos desligada de los modelos de la metrópoli.<sup>1</sup>

Este proyecto de descolonización de la colonia busca incorporar el periodo a un proceso de lectura e interpretación de la historia literaria de Hispanoamérica como pugna continua por la afirmación de su independencia frente a las imposiciones de centros culturales externos. El discurso identitario, tan impor-

---

<sup>1</sup> Para una valoración general de este proceso puede consultarse mi trabajo «Hacia la descolonización de la colonia. Testimonio, crítica literaria y tradición ancilar latinoamericana», *América sin nombre*, Boletín de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante, *Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo xx hispanoamericano*, 5-6 (diciembre 2004), págs. 38-43.

tante desde la emancipación decimonónica, se retrotrae así a los siglos previos. Muchas de las particularidades de las obras coloniales que se justificaron por la conformación peculiar del contexto del que surgieron se consideran ahora actos explícitos de disidencia. El desafío no deja de ser interesante, pues consiste en concederle estatuto fundacional de una cultura propia a una época que, por las características de la política imperial española, se caracterizó por un control severo que quiso imponer y reproducir su modelo administrativo, político, ideológico, y por supuesto cultural, en sus posesiones americanas.

Este debate de fondo ha enfrentado los usos tradicionales de la filología (atenta en primer lugar a los textos para, a partir de ellos, reconstruir el marco cultural sobre el que las obras surgen) con el estudio de las expresiones coloniales desde posiciones más cercanas a lo que suele calificarse como crítica cultural (que actúa en sentido inverso, interpretando los textos a partir de las corrientes ideológicas en combate que se mueven en determinados contextos). El barroco colonial y sus producciones se encuentran desde hace décadas en el centro de esta discusión.

Una vez alcanzada la llamada estabilización virreinal, el desarrollo social va consolidando espacios autónomos de los que brota una conciencia criolla que con mayor o menor claridad impregna sus expresiones culturales. Cuestión ampliamente estudiada, su proyección al campo concreto de la literatura incorpora algunos matices interesantes. La vigilancia ideológica de la metrópoli, plasmada en leyes e instrumentos de control por todos conocidos, dio lugar a un sinnúmero de manifestaciones tendentes a reproducir las directrices de una cultura que hizo de la ortodoxia su seña de identidad; por ello, las huellas de la diferencia aparecerían insertas dentro de textos escritos según los modelos con los que la cultura imperial propagó su hegemonía. El límite entre las estrategias de celebración de la ideología dominante y las de su impugnación discurren por un umbral incierto; y el territorio ambiguo que dibujan explica las complejidades de un problema crítico que exige mucha sutileza. Si bien no han faltado ejemplos que hayan permitido nuevas miradas a la colonia capaces de iluminar espacios problemáticos antes ocultos, tampoco han escaseado lecturas dominadas por *aprioris* ideológicos que han sembrado más sombras que luces. Las numerosas interpretaciones que ha suscitado *Infortunios de Alonso Ramírez* y los estudios sobre la figura de Sigüenza y Góngora constituyen un buen ejemplo de los claroscuros de un proceso de perfiles plurales, y a veces contradictorios, con el que trató de revelarse la imagen de un sujeto social criollo y de una cultura e identidad que llegaron a calificarse de protonacionales.

La figura de Sigüenza y Góngora ofrece al tiempo una gran representatividad y una singularidad notable en la Nueva España del xvii. De formación jesuítica, historiador, cronista, cosmógrafo, astrólogo, matemático y poeta ocasional; ejerció como catedrático de Astrología y Matemáticas en la Real y Pontificia

Universidad de México y fue nombrado cosmógrafo real por Carlos II. Sus relaciones con las autoridades eclesiásticas y virreyes, especialmente con el Conde Galve (virrey de Nueva España entre 1688 y 1696), subrayan su posición de privilegio en la sociedad novohispana. Su perfil intelectual, en un mundo dominado por un escolasticismo de marcado sesgo teológico, del que también participó, muestra en otras facetas un lado científico y racionalista excepcional. Además de todo ello, sus reivindicaciones de la historia y la cultura de su tierra y sus estudios de las civilizaciones del antiguo México (otra cosa fueron sus opiniones sobre los indios contemporáneos suyos) han servido de ejemplo de un orgullo criollo que para muchos encarnó una mexicanidad *avant la lettre* y una actitud preindependentista.

De sus obras, *Infortunios de Alonso Ramírez*, de 1690, ha sido a la que más páginas se le han dedicado. En ello sin duda han tenido mucho que ver tanto las peripecias que recoge, llenas de sabor aventurero, como la forma de narrarlas, con un estilo eficaz muy alejado de las retóricas cargadas de la mayor parte de los discursos coloniales y gracias a las cuales Sigüenza también mostraría sus destrezas culteranas en otros textos. El libro relata los orígenes y aventuras del personaje del título. Nacido en San Juan de Puerto Rico, busca mejor fortuna en México y al no hallarla decide embarcarse a Filipinas. Se dedica allí a diversos negocios marineros y en uno de sus viajes es capturado por piratas ingleses; comienza un cautiverio lleno de penalidades que finalizará cuando, tras ser liberado, desembarque en las costas de Yucatán. Tras algunos problemas vividos en diferentes poblaciones novohispanas, llega a la Ciudad de México y da cuenta al virrey, el Conde de Galve, de sus andanzas con el fin de que le sean restituidos los bienes confiscados en su desembarco en tierras americanas. El virrey le ordena a Sigüenza que ponga por escrito lo relatado por el personaje. En un giro pirandelliano muy comentado, Alonso Ramírez va en busca de su autor, el propio Sigüenza, quien, como se narra en las últimas líneas, gracias a su labor de escriba logra que el infortunado protagonista alcance su objetivo.

Andanzas en busca de fortuna, primero al servicio de diversos amos y luego surcando mares exóticos, cautividad y sus penalidades, asaltos, robos, y un final en el que el personaje describe el encuentro con su autor. Demasiadas tentaciones como para no ver en todo ello una narración de valores, y sabores, literarios. Y no solo porque el relato se sostenga en vivencias que encuentran fácil acomodo en modelos novelescos de éxito en el periodo áureo: el relato de aventuras, la novela de cautiverio, la bizantina... Además, la situación narrativa reproduce el modelo picaresco con notable cercanía: Alonso Ramírez cuenta su «caso» para obtener la merced del virrey, aportando su propia vida, incluidos sus orígenes y genealogía, para demostrar la justicia de su solicitud, algo anecdótico si no fuera porque Sigüenza escoge el yo autobiográfico para narrar las experiencias

del personaje, lo que subraya su proximidad a la enunciación de las historias de pícaros.

Del lado de la historia, es evidente también que *Infortunios de Alonso Ramírez* puede ser adscrito a modelos retóricos alejados de lo ficcional (la carta-relación o relación forense y el memorial de méritos) que constituyeron el grueso de la producción discursiva colonial. No le falta razón a Antonio Lorente cuando señala que la picaresca, la bizantina y los relatos de cautiverio tienen en la marca referencial autobiográfica uno de sus rasgos clave, de ahí sus similitudes con el texto de Sigüenza. Razonamiento al que también recurre González Echevarría al establecer los paralelismos entre la picaresca y los documentos legales de la conquista.<sup>2</sup> Por ello, aunque el debate sobre el carácter «fingido» o histórico del texto debería considerarse resuelto, sobre todo tras leer los trabajos, repletos de datos que lo confirman, del propio Antonio Lorente en defensa de su historicidad<sup>3</sup>, vuelvo a él para abordar algunos asuntos de los debates críticos a los que me referí al comienzo y de la imagen de la cultura colonial que transmiten.

El interés por potenciar el rango novelesco de *Infortunios* ha tenido mucho que ver también con el problema de la existencia o no de la novela colonial. Más allá de episodios concretos, su caracterización ficcional ha sido justificada por la situación narrativa de la que parte. El «pacto autobiográfico» desde el que se despliega el relato conlleva la utilización de un yo narrativo con el que el autor cede la voz al personaje, marco que está en los orígenes del género novelesco (la picaresca y su evolución desde el discurso epistolar así lo ilustran de nuevo). El que este proceso se haga además explícito dentro del texto descubre una intervención autorial letrada indudable de la que surgirían sus aportes literarios. En este recurso se ha querido ver la prueba de la actitud de disidencia intelectual por parte de Sigüenza frente a los paradigmas novelescos españoles. Dos trabajos muy reconocidos y citados sirven para ejemplificar un planteamiento bastante generalizado. Me refiero a «La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*», escrito por Raquel Chang-Rodríguez, y a

---

<sup>2</sup> Antonio Lorente Medina, *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, México: FCE-UNED, 1996; Roberto González Echevarría, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, México: FCE, 2000.

<sup>3</sup> Además del libro citado en la nota anterior, Antonio Lorente vuelve al tema con nuevos datos y sólidos argumentos en un artículo muy reciente: «Luces y sombras de Alonso Ramírez», coords. H. R. Cortés, E. Godoy Gallardo y M. Insúa Cereceda, *Rebeldes y aventureros: del Viejo al Nuevo Mundo*, Madrid: Iberoamericana, 2008, págs. 133-147. El debate sobre la literariedad y/o historicidad del texto ha ocupado casi en su totalidad la crítica de esta narración y sería absurdo traer aquí esa numerosa bibliografía. Prefiero remitirme a los trabajos de Antonio Lorente y al muy interesante artículo de Kathleen Ross «Cuestiones de género en *Infortunios de Alonso Ramírez*», *Revista Iberoamericana*, vol. LXI (1995), núms. 172-173, págs. 591-603, ya que ambos repasan con minuciosidad y buen juicio los estudios fundamentales sobre *Infortunios*.

«Máscara autobiográfica y conciencia criolla en *Infortunios de Alonso Ramírez*», de Mabel Moraña.<sup>4</sup>

El renovado interés por los estudios coloniales vino acompañado en torno a los mismos años (1970-1980) por el auge de un tipo de discurso que se colocó en el centro de las discusiones de la crítica: el del testimonio o narrativa testimonial.<sup>5</sup> Describo la situación narrativa desde la que se originan estas obras. Una figura, por lo general iletrada, de origen humilde y con una experiencia traumática producto de determinadas injusticias históricas, presta su voz a un mediador culto para que este ponga por escrito la experiencia de ese narrador oral convertido en portavoz de la colectividad, social, étnica o política, a la que pertenece. El testimonio fue interpretado como un género de alto contenido político que, al despojarse de todo rango estético por su intento de transmitir con la máxima fidelidad la voz que lo origina, constataba una intención deslegitimadora de lo literario, concebido ahora, debido a su rango simbólico opuesto a la sinceridad testimonial, como expresión de raíz burguesa de carácter hegemónico y alienador. El testimonio, como discurso que da voz a los marginados, fue elevado a la categoría de expresión paradigmática hispanoamericana y ejemplo de resistencia cultural desde tiempos antiguos frente a los modelos literarios institucionalizados, los de la literatura, desde los centros hegemónicos.

Si se trata de encontrar modelos descolonizadores en la propia colonia, las semejanzas entre la enunciación testimonial y la de la obra que nos ocupa nos llevan a consecuencias más que previsibles. La picaresca ya no es el modelo a seguir sino a deslegitimar por su origen imperial, según Chang-Rodríguez y Moraña. Para la primera, Alonso Ramírez es representante de los «sin historia» y la obra muestra cómo «la violencia y subversión manifiestas en diversas modalidades en las obras estudiadas conforman las letras y la cultura hispanoamericanas de los siglos *xvi* y *xvii*. Vista en este contexto la prosa colonial se nos revela como escritura de renovación y de rebeldía que cuestiona sus mismos orígenes» (pág. *xvii*). La autora define el texto como parodia consciente del modelo picaresco y subraya explícitamente sus equivalencias con obras testimoniales del siglo *xx*, como las del cubano Miguel Barnet y la mexicana Elena Poniatowska. El texto de Moraña, por su parte, ofrece el repertorio casi completo de los conceptos y dialécticas fundamentales que se aplicaron al estudio del testimonio,

---

<sup>4</sup> Raquel Chang-Rodríguez, «La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*», en *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglos *xvi* y *xvii**, Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1982, págs. 85-108; aunque el texto de Mabel Moraña, «Máscara autobiográfica y conciencia criolla en *Infortunios de Alonso Ramírez*», de Carlos Sigüenza y Góngora» aparece inicialmente en *Dispositio*, vol. 15 (1990), núm. 40, págs. 107-117, citaré por el volumen en el que lo recoge posteriormente como uno de sus capítulos, *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*, México: UNAM, 1998, págs. 217-230.

<sup>5</sup> Véase nota 1.

ahora proyectados retrospectivamente sobre la obra de Sigüenza y Góngora: marginalidad, subalternidad, otredad, identidad-alteridad, centro-periferia y oralidad-escritura, deconstrucción de la sociedad virreinal y colectivización de la experiencia mediante un proceso por el cual el yo autobiográfico de Alonso Ramírez se convierte en un «“nosotros” ideológico, afirmación pronominal de un sector social con conciencia de sí, afirmado en la práctica de la reivindicación social» (pág. 226). Nunca un pronombre había dado tanto juego; en ese «yo» y en los usos que le da Sigüenza y Góngora, según Moraña, se sitúa «el punto de partida para la estructuración del discurso criollo y la primera etapa en el proceso de la construcción del sujeto social hispanoamericano» (pág. 230). Contemplamos entonces una doble marginalidad, la del protagonista, cuya vida discurre por los márgenes de la vida imperial, y la de Sigüenza, la del letrado criollo que, al incluir al final del texto su queja por el poco reconocimiento a su valía, impugna el sistema de valores de la metrópoli desde el sector de las elites autóctonas de la Nueva España.

Mi disconformidad con las tesis de Chang-Rodríguez y Moraña no supone negar o cuestionar la existencia de una conciencia criolla en la Hispanoamérica colonial y que el propio Sigüenza podría representar. Más discutible me parece la forma en que en ellas defienden el uso de ciertas estrategias discursivas como prueba de ello. Si aceptamos sus tesis, habría que dar por supuesta la aparente existencia, en el campo novelesco, de una especie de sistema literario y una dinámica de circulación de los textos entre ambas orillas caracterizada por una dialéctica de imposición-impugnación producto de una actitud explícita de resistencia cultural por parte de los escritores de ultramar. Sigüenza y Góngora, más que limitarse a poner por escrito una peripecia real de determinado personaje, asumiría una intencionalidad ficcional de partida para establecer un debate literario con el modelo picaresco difundido desde la metrópoli. Este «diálogo» en el interior de un supuesto sistema novelesco no resulta fácil de demostrar con datos concretos. Si bien contamos con innumerables pruebas de cómo el gongorismo, por ejemplo, supuso un referente indudable sobre el que la producción poética colonial despliega un abanico de actitudes de sentidos diversos (desde el trasplante literal a tomas de distancia más o menos explícitas), más complicado resulta rastrear un proceso similar en el terreno de la novela áurea.

Los planteamientos de Chang-Rodríguez y Moraña adolecen de una imposición ideológica de partida a la hora de dilucidar el sentido del relato aventurero. Sus paralelismos con otras formas literarias no corroboran sin más la certidumbre de que la escritura de *Infatunios de Alonso Ramírez* se articula sobre los procedimientos y estrategias señalados por ambas; faltan pruebas que avalen la posibilidad de que el sabio novohispano tuviera en mente esos modelos a la hora de elaborar la historia, producto de lecturas interiorizadas que pretendiera reformular. Por ello, *Infatunios* podría servir de ejemplo de las posibilidades

de otro tipo de enfoques a la hora de desentrañar las dinámicas culturales de la colonia. La evidente intervención autorial de Sigüenza, su representatividad dentro de la elite colonial letrada en la Nueva España del siglo xvii y la semejanza de *Infortunios* con modalidades literarias muy en boga nos invitan a volver al tema de las lecturas de novelas por parte de las elites coloniales.

No hay espacio ya para un análisis exhaustivo, por ello lo que sigue no podrá ir más allá de un panorama muy general. Resulta indiscutible que la prohibición del comercio de historias fingidas en las posesiones de ultramar no impidió su circulación por esas tierras.<sup>6</sup> Los inventarios *post mortem*, inventarios de impresores y libreros, catálogos de bibliotecas coloniales y otro tipo de fuentes notariales así lo confirman. Libros de caballerías, el *Lazarillo* y diversos relatos de cautiverio y novelas bizantinas se leyeron en América entre los siglos xvi y xviii, el *Quijote* y el *Guzmán de Alfarache* disfrutaron de gran éxito entre los lectores de Indias; pero lo interesante a partir de estos datos será rastrear la manera en que estas lecturas circularon y sus efectos sobre la producción colonial, sobre el tipo de lectores a los que llegaron esos volúmenes. El control inquisitorial no impidió pues el viaje de los libros prohibidos, pero sin duda influyó en que sus dueños se guardaran mucho de reconocer su posesión; la vigilancia entonces sí pudo tener consecuencias en la visibilidad de su circulación social, lo que llena de interrogantes y complica el acceso a una visión más compleja y rica de la cultura del periodo.

La posición central de Sigüenza y Góngora en la cultura novohispana permite suponer su fácil acceso a cualquiera de las obras que circularon en

---

<sup>6</sup> La historia del libro y la lectura en las colonias americanas cuenta con estudios muy valiosos, bibliografía que en los últimos tiempos parece ir en aumento con la aportación de trabajos recientes. Desde los trabajos de Toribio Medina en el xix a los estudios clásicos de Millares Carlo, Lohman Villena y por supuesto los ineludibles de José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1940; y de Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México: FCE, 1959, fueron añadiéndose otros en años sucesivos como el de Maurice Chevalier, *Libros y lectores en la España de los siglos xvi y xvii*, Madrid: Turner, 1976, o los más recientes como el de Teodoro Hampe Martínez, *Bibliotecas privadas en el mundo colonial: la difusión de libros e ideas en el virreinato de Perú (siglos xvi y xvii)*, Madrid: Iberoamericana, 1996, o el de Carlos Alberto González Sánchez, *Los mundos del libro: medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos xvi y xvii*, Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1999. La lista es desde luego mucho más larga; no obstante, creo que es un campo de interés aún relativamente reciente, de ahí el mucho camino por recorrer. Quizás debido también al sesgo ideológico que a menudo ha ofrecido la crítica de la literatura colonial, se han arrinconado vías de acercamiento como ésta capaces de ofrecer un estudio más ajustado y sereno de las dinámicas culturales y literarias del periodo. Rolena Adorno, una de las más significadas representantes del auge de los estudios coloniales desde la óptica «cultural», podría ejemplificar un cierto cambio de rumbo en este proceso de la crítica. En su reciente libro *De Guancane a Macondo. Estudios de literatura hispanoamericana*, Sevilla: Renacimiento, 2008, reivindica la necesidad de recuperar la herencia de Leonard y profundizar en su legado para analizar la vida cultural de la colonia.

su entorno<sup>7</sup>; sus habilidades culteranas demuestran sus conocimientos de las formas poéticas de la metrópoli. ¿Ocurrió lo mismo con las modalidades novelescas? No lo sabemos con certeza. Tuvo una de las mejores bibliotecas de la Nueva España, pero la suerte que corrió, dispersada y finalmente perdida en su mayor parte (como muchas otras de esa época), puede servirnos de emblema de los vacíos que ha de enfrentar un estudio de la vida del libro y de la lectura en la Hispanoamérica colonial, un hueco que se proyecta al proceso de composición de un texto como *Infortunios*. Los intentos de recuperar y conocer los volúmenes perdidos de esa biblioteca nos hablan más de los manuscritos escritos por el propio Sigüenza que de los volúmenes de otros autores que pudo tener a su disposición.<sup>8</sup> Los datos que de sus lecturas han revelado algunos estudios refuerzan de nuevo, junto a su labor ingente en ese campo, la intención historiográfica del texto. Las crónicas cortesianas, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz de Castillo, quizás *La Florida del Inca* y los *Naufragios* de Cabeza de Vaca, junto a muchos textos históricos no tan conocidos, parece que formaron parte de su biblioteca.

«Toda biblioteca es autobiográfica», señala Alberto Manguel en su libro *La biblioteca de noche*<sup>9</sup>, por ser el mejor autorretrato de su dueño. En otro momento del texto señala:

Poco importa por qué se destruye una biblioteca: cada prohibición, limitación, destrucción, robo o saqueo da lugar (al menos como presencia fantasmal) a una biblioteca más clamorosa, más clara, más duradera, compuesta por los libros prohibidos, robados, expoliados, destruidos o censurados. Es probable que ya nadie pueda consultarla, es posible que existan en la memoria imprecisa de un lector o en la memoria más imprecisa aún de la tradición y la leyenda, pero habrán adquirido una especie de inmortalidad (pág. 176)

La sugerente reflexión de Manguel sitúa con precisión la encrucijada que subyace a lo expuesto aquí. Muchas de las tesis vertidas sobre la literariedad de *Infortunios de Alonso Ramírez* nos remiten, en forma de intuiciones, a las ruinas de una biblioteca perdida que a día de hoy no estamos en condiciones de reconstruir. Quizá los futuros rastreos de archivos novohispanos traigan datos y

---

<sup>7</sup> Son muchos los rastros que nos sugieren la importancia de la biblioteca de Sigüenza y Góngora. Carlos Alberto González Sánchez, en *Los mundos del libro*, subraya que fueron sin duda los clérigos los detentadores de las mejores bibliotecas de la colonia. En el caso concreto de Sigüenza y Góngora, para el propio Leonard era una de las mejores del México colonial.

<sup>8</sup> Así ocurre en el libro de Elías Trabulse *Manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México: El Colegio de México, 1988.

<sup>9</sup> Alberto Manguel, *La biblioteca de noche*, Madrid: Alianza Editorial, 2008.



pruebas que, aun sin desmentir la condición historiográfica de *Infortunios*, puedan confirmar que Sigüenza sí tuvo en cuenta modelos novelescos en la concepción y desarrollo de diferentes motivos o episodios de *Infortunios*.<sup>10</sup>

#### BREVÍSIMO EPÍLOGO: ALONSO RAMÍREZ EXISTE

En lo expuesto hasta aquí subyace la tensión entre orientaciones filológicas más tradicionales y propuestas más recientes de la crítica literaria concebida como crítica cultural. La discusión sobre la ficcionalidad o la historicidad de *Infortunios* con frecuencia se ha articulado sobre este enfrentamiento. Antonio Lorente aludía recientemente a la dificultad que supone la búsqueda documental de datos históricos de escasa relevancia como justificación de la resistencia de parte de la crítica a cambiar sus juicios sobre la condición literaria de *Infortunios*.<sup>11</sup> La ardua búsqueda en archivos de datos y documentos que respalden los juicios e interpretaciones siempre se consideró esencial para la crítica, sobre todo la de épocas remotas; aún más importante si de lo que se trata es de establecer el carácter imaginario o histórico de una obra. «La historicidad de textos se establece penosamente. Sin recurrir a los archivos para comprobar su veracidad, sin embargo, es imposible distinguir la verdad o mentira histórica de las imaginaciones ficticias, es decir, los hechos tal y como los relata el testigo ocular de cómo los imagina un escritor». La cita pertenece a un trabajo de 2007 de Fabio López Lázaro<sup>12</sup> que aporta un dato definitivo –y largamente buscado– del carácter esencialmente histórico de *Infortunios de Alonso Ramírez* para a partir de él llegar a conclusiones muy reveladoras de la intencionalidad del texto.

Otra de las causas que facilitó la defensa del cariz imaginativo de esta narración fue la falta de pruebas de la existencia real de Alonso Ramírez. López Lázaro la encuentra en la carta que el virrey de Nueva España, el Conde de Galve, al que Sigüenza y Góngora estuvo muy próximo, envía a su hermano menor, duque del Infantado, donde le informa del envío de «veinte relaciones del

---

<sup>10</sup> Aunque pueda parecer lo contrario por lo dicho hasta aquí, estoy muy lejos de negar los rastros literarios de *Infortunios*. Es más, estoy convencido de que la posición letrada de Sigüenza en la Nueva España de la época, unida a su intensa curiosidad, nos debe hacer suponer las reminiscencias efectivas de estos modelos literarios en el texto. Lo que faltan son pruebas objetivas, que han sido sustituidas casi siempre por planteamientos voluntaristas a veces muy forzados (aunque muy atractivos y seductores, no se olvide).

<sup>11</sup> Véase nota 3.

<sup>12</sup> «La mentira histórica de un pirata caribeño: el descubrimiento del trasfondo histórico de los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690)», *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 64 (2007), núm. 2, págs. 87-104; pág. 88.

viaje que hizo Alonso Ramírez, natural de Puerto Rico, desde las Islas Filipinas hasta Campeche». Más allá del dato, importa cómo el autor, con un análisis muy exhaustivo de la situación política del imperio en ese momento, demuestra a partir de este hallazgo que el apoyo del virrey a la escritura del texto por parte de Sigüenza tiene como trasfondo las luchas de poder que en la corte española desarrollaban dos de las más poderosas familias aristocráticas del momento. El fin de estas intrigas cortesanas era conseguir una posición influyente en el entorno de Carlos II a la hora de determinar la política del imperio en las posesiones de ultramar. No hay tiempo de destacar las líneas fundamentales de este trabajo y sobre todo los caminos que abre a nuevas interpretaciones. Me limitaré a referir la conclusión a la que llega López Lázaro, que en mi opinión pone a la luz las fallas y problemas de aquellas perspectivas que, a partir de la defensa de la esencia ficcional de *Infortunios*, le asignaron determinados valores ideológicos que ahora se revelan aún más discutibles.

López Lázaro demuestra con gran claridad cómo el objetivo de la impresión de *Infortunios* respondió a un intento del virrey por reforzar la política expansionista del imperio, amenazado por el avance francés en ciertas regiones de la colonia. No puedo asegurar, como lo hace Mabel Moraña, si Sigüenza y Góngora pretendió reflejar, frente a las intenciones del virrey, cómo «la peripecia antiheroica de Alonso Ramírez destruye la utopía de la Conquista y el ideal del Imperio como cuerpo unificado y próspero, y la sustituye por la visión realista, desacralizadora, del criollo que no se reconoce a sí mismo en la praxis decadente de la dominación imperial, ni se siente reconocido por un sistema elitista, represivo, excluyente» (pág. 229). En cambio, me convence el modo en que López Lázaro, al demostrar la existencia real de Alonso Ramírez, y al analizar el contexto en el que surge esa prueba, desencadena nuevos niveles de sentido sustentados en bases mucho más firmes, lo que ayuda a comprender de manera más completa «los detalles complejos de la composición» de este texto fascinante por sus múltiples esferas problemáticas. Frente al «redimensionamiento beligerante de códigos metropolitanos por parte del sujeto americano» que Moraña<sup>13</sup> vio en muchas obras coloniales y desde luego en los textos de Sigüenza, la pista de López Lázaro nos lleva directamente a la utilización de *Infortunios* en favor de la política expansionista del imperio español.

La literatura constituye un tipo de discurso cuya singularidad mayor se encuentra en las posibilidades de sentido que ofrece, mucho más dúctiles que los de otros saberes. No obstante, conviene tener precaución a la hora de imponer esa flexibilidad a cualquier texto. Leer literariamente puede resultar

---

<sup>13</sup> Mabel Moraña, *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericanas*, Madrid: Iberoamericana, 2004, pág. 9.

---

un ejercicio tan brillante como distorsionador. Por ello, las estrategias de la filología en su acepción más tradicional no podemos considerarlas canceladas. A veces una labor de años husmeando archivos culmina en el hallazgo de un dato de importancia capital y de ese trabajo oscuro se obtiene una merecida recompensa. Podemos optar por cualquier tipo de opción crítica, y sin duda todas son válidas, pero lo que es evidente es que esa labor de origen que consiste en la búsqueda de pruebas sostiene siempre, o así al menos debería ser, los estudios críticos posteriores. La historia de *Infortunios* y de sus lecturas lo ejemplifican sobradamente.